



## Capítulo 573: Conociendo anoche

El portal se cerró detrás de ellos con un rugido apagado, como si el aire mismo hubiera sido arrancado del mundo.

El frío vino primero.

No era el frío natural de la ausencia de calor, sino el que parecía morder el alma. El viento que soplaba desde las llanuras de Anoche trajo consigo el susurro de mil voces perdidas, mezclado con el sonido lejano de cadenas, martillos y gritos amortiguados por las profundidades.

Vergil levantó la barbilla y miró a su alrededor.

Ante él, el horizonte se extendía hasta donde alcanzaba la vista: una vasta extensión de rocas negras y grises, surcadas por ríos de metal líquido que corrían como venas pulsantes. El cielo era un remolino de sombras, sin estrellas, sólo relámpagos azules que se retorcían dentro de las nubes como criaturas hambrientas que intentaban escapar.



Y en el centro de todo, elevándose como una cicatriz monumental, estaba La Boca del Abismo —un cráter tan profundo que parecía tragarse la luz, arrojando en cambio un vapor denso y azul hecho de pura energía del Vacío.

A su alrededor, como las capas de un imperio condenado, se extendía la ciudad: Anoche, el corazón minero del Inframundo.

Vergil respiró profundamente. "Bueno... debo admitirlo." Observó las torres metálicas y las vías que serpenteaban por las laderas. "Esperaba algo... menos funcional y más, digamos, apocalíptico."



Amón caminó a su lado en silencio. Sus botas tocaron el suelo sin prisas, e incluso con el peso del aire infernal a su alrededor, parecía intacto, como si el mundo simplemente se inclinara hacia atrás para no molestarlo.

"Ingrid Asmoday gobierna este territorio", dijo, sin apartar la mirada. "Ella no es el tipo de demonio al que le gusta la extravagancia."

Virgilio arqueó una ceja. "Ingrid Asmoday." El nombre resonó en su boca con una nota curiosa. "¿Es esa la condesa que mencionaste?"

"Así es."

"Condesa..." Vergil repitió, dando una sonrisa leve e irónica. "Y dijiste que ella es poderosa, ¿verdad?"



Amón finalmente giró la cabeza, con la mirada impasible. "Lo suficientemente fuerte como para ser llamada la Reina Demonio", respondió, con una calma que sólo hizo que el título fuera más impresionante. "Pero a ella nunca le importó eso."

Virgilio se rió, un toque de incredulidad. "¿Entonces le diste el título de 'condesa'? Qué generoso de tu parte."

Amón continuó caminando, indiferente. "Le ofrecí el título de reina. Ella se negó. Ella dijo 'las reinas tienen demasiada responsabilidad y muy poca libertad.' Entonces le di el título de condesa, que ella tampoco pidió —pero al menos aceptó no matarme por insistir"

"Oh, qué drama, Amón", comentó Virgilio, con las manos en los bolsillos. "Como si alguien te matara."

Amón emitió un suave gruñido, a medio camino entre una risa reprimida y una advertencia silenciosa.

Siguieron un amplio camino pavimentado con bloques de mineral oscuro, reflejando los relámpagos distantes. Los demonios trabajaban en las laderas —algunos con cuerpos cubiertos de runas brillantes, otros tirando de carros llenos de mineral vacío, ese material imposible que parecía absorber toda la luz a su alrededor.

Virgilio observó con una mezcla de curiosidad y aprecio.

"Entonces de aquí proviene la mayor parte del armamento infernal, ¿verdad?" preguntó, desviando la mirada hacia una forja colosal cercana. El calor era tan intenso que deformaba el aire. "Impresionante."

"Sí," respondió Amón. "El mineral vacío es la columna vertebral del inframundo. Ingrid descubrió cómo refinarlo sin provocar rupturas dimensionales."

Vergil lo miró. "Refinando la nada", murmuró. "Eso es... poético, de alguna manera."

Amón no respondió, simplemente siguió caminando.

Virgilio caminaba al mismo ritmo, con las manos en los bolsillos y el abrigo ondeando al viento frío.

"Pareces muy cómodo aquí", comentó con una ligera sonrisa. "Uno de los gobernantes del Inframundo, caminando entre mineros y demonios sin siquiera guardaespaldas. Casi... humilde."





Amón miró hacia adelante, con el rostro inexpresivo. "Muchas cosas se resuelven simplemente siendo humilde."

Virgilio se rió brevemente. "¿Humildad?" preguntó divertido. "No es algo que un demonio debería tener."

Amón se detuvo. Se volvió hacia él y por un momento el aire a su alrededor pareció espesarse.

"Depende de qué tipo de demonio."

Vergil miró a su mirada y, al cabo de un segundo, sonrió. "Tocado."

Continuaron caminando, con el sonido de sus botas resonando entre los ecos metálicos de las minas.



En el camino, Virgilio observó todo con atención: los ascensores que descendían por las grietas, las vías que transportaban el mineral, las torres de control rodeadas de vigilantes alados. La ciudad no era bonita—era práctica, brutal, viva. Un organismo hecho de sudor, fuego y energía cruda.

Los demonios se detuvieron discretamente cuando vieron pasar a Amón. Algunos hicieron una reverencia, otros miraron hacia otro lado con silenciosa reverencia.

Virgilio se dio cuenta.

"Te respetan," comentó casualmente.



"Temen el caos", respondió Amón sin emociones. "Y saben que mientras yo exista, el caos tiene sus límites."

Vergil asintió y miró hacia la inmensidad que tenía por delante. "Gracioso. Siempre pensé que el inframundo era un caos."

Amón respondió con calma: "No. El inframundo es equilibrio. El caos es lo que viene de arriba —de los dioses"

Vergil se rió suavemente. "Un toque filosófico, Amón. Deberías escribir un libro."

Amón lo ignoró.

Los dos continuaron unos minutos más, estrechándose el camino, bordeado de pilares negros que parecían derretirse y reformarse, como si la realidad misma temblara en ese territorio.



El sonido de las forjas se hizo distante, reemplazado por un silencio inquietante, roto sólo por la ráfaga de viento del Abismo.

Vergil sintió que la energía del lugar presionaba contra sus sentidos. El aire era pesado, denso, casi vivo. Cada respiración parecía un pacto.

"Puedo entender por qué elegiste a esta mujer para supervisar esta área", dijo, inspeccionando sus alrededores. "Es el tipo de lugar donde cualquiera perdería la cordura."

Amón respondió simplemente. "Ingrid nunca tuvo cordura que perder."



Virgilio se rió. "Ya me gustaba."

Luego, a lo lejos, comenzaron a aparecer las torres de la Mansión Principal.

Se encontraba al borde del acantilado, con vistas al colosal cráter del Abismo. Un castillo de obsidiana viva, con torres que giran en direcciones opuestas, conectadas por estrechos puentes y pasajes suspendidos. Las ventanas emanaban una luz rojiza constante y desde el centro corría un rastro de energía que descendía directamente al vacío —como si la propia mansión estuviera alimentando el Abismo.

Virgilio silbó. "Bueno, bueno... parece que la condesa disfruta de una buena vista."

"Ella dice que el Abismo le hace dormir mejor", respondió Amón, subiendo las escaleras hasta la entrada principal.

Vergil miró hacia el cráter. La energía que emanaba de él era casi hipnótica, como si lo llamara, susurrando en un lenguaje que apenas reconocía.

"No lo dudo," murmuró, mirando hacia otro lado.

Cuando llegaron a las puertas dobles —dos enormes losas de metal ennegrecido con inscripciones arcanas en rojo pulsante—, Amón simplemente levantó una mano.

Las runas reaccionaron, abriéndose con un rugido metálico.

Las puertas se abrieron con un rugido metálico profundo, resonando en los pasillos como un trueno reprimido. Desde el otro lado, una ola de aire caliente





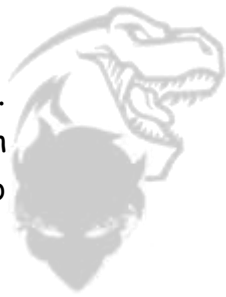
y seco invadió la habitación —el olor a hierro quemado, azufre e incienso amargo se mezcló en un perfume típico de Last Night.

El interior de la mansión era tan grandioso como opresivo. El suelo era de mármol negro pulido, reflejando las llamas de las antorchas que flotaban en las paredes. Cadenas encantadas se arqueaban desde el techo, conduciendo cristales de energía que servían como lámparas. Todo era funcional pero artísticamente brutal—una fusión perfecta de poder y orden demoníaco.

Tan pronto como Amón cruzó el umbral, tres figuras aparecieron inmediatamente en la sala principal.

Sirvientes.

Un demonio alto con piel gris y ojos color brasa fue el primero en reaccionar. Cayó de rodillas tan rápido que el impacto resonó. Otros dos —un demonio con uniforme carmesí y un escriba con alas pequeñas— hicieron lo mismo, bajando la cabeza hasta que casi tocaron el suelo.



"¡Señor Amón...!" dijo el demonio con la voz temblorosa. "¡Es un honor indescriptible darte la bienvenida a Last Night!"

Amón simplemente asintió, tranquilo y sin prisas.

Virgilio, unos pasos detrás, cruzó los brazos y observó la escena con una ceja arqueada.

"Qué gracioso", murmuró, lo suficientemente bajo como para que sólo Amon lo oyera. "Entro con el gobernante supremo del Inframundo, y ni una sola mirada hacia mí."





Amón no respondió, simplemente siguió caminando.

Los sirvientes se separaron, con la cabeza todavía agachada. Cuando uno de ellos se atrevió a mirar hacia arriba, todo su cuerpo se puso rígido —no por miedo, sino por pura duda. Sus ojos se fijaron en Virgilio por un momento, pero nada en su expresión cambió. ¿Un extraño? ¿Un invitado? No importaba. El protocolo era claro: nadie importaba más que Amón.

Virgilio se dio cuenta. Una comisura de su boca se levantó con una sonrisa torcida. "Debería cobrarte por esta lección de humildad", comentó en voz baja.

"Ya te pagan por experiencia." "Amón," Amón respondió impasible, caminando hacia el pasillo principal.

El sonido de los pasos resonó en las paredes. Cada uno de los pasos de Amón parecía pesado, sólido, como si marcara territorio. Virgilio lo siguió sin esfuerzo, su mirada deambulaba por las tallas y runas que se movían discretamente sobre las paredes metálicas, cambiando de forma como si tuvieran conciencia.



Subieron los primeros tramos de escaleras. Las columnas laterales estaban adornadas con símbolos infernales en plata líquida, pulsando a un ritmo constante. Virgilio notó que cada paso parecía susurrar mientras él caminaba —tal vez runas de vigilancia, tal vez almas selladas allí.

"Qué hogar tan acogedor," comentó Vergil, con la voz llena de ironía. "Sólo puedo imaginar las fiestas que organiza."

"Ingrid no es partidaria de las fiestas", respondió Amon. "Los últimos terminaron en ejecuciones."





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Vergil se rió brevemente. "Ah, entonces ella es del tipo divertido."

